



A PIÑÓN FIJO: ENTRE PEDALES Y FRONTERAS

Mario Palomo y Gema Ramos

Como el primitivo nómada en busca de nuevas tierras que sacien sus necesidades, A Piñón Fijo vive atrapado en el placer de reencontrarse con su estado más originario, más aventurero y más impredecible, buscando satisfacer ese deseo de experimentar y descubrir nuevos mundos. Viajar en bicicleta nos ofrece la posibilidad de hacerlo de forma pausada, casi sin alterar el mundo, y es en esto, en lo que invertimos todas nuestras energías.

Somos Mario Palomo y Gema Ramos, dos extremeños amantes de la aventura que supone viajar de

forma diferente, saliéndonos de los itinerarios establecidos del turismo convencional. Lo hacemos para conocer, experimentar y descubrir rincones insólitos, buscando la cara más auténtica de cada país que visitamos. Nos gusta hacerlo despacio, sin metas ni horarios que entorpezcan o nos priven de oportunidades únicas. Por ello, la incertidumbre es una compañera más de nuestras andanzas por el mundo. Esta es nuestra forma de entender la vida y lo que nos rodea, y así, al paso silencioso de las rodadas de nuestras bicicletas, es como nos gusta hacerlo y la manera en la que decidimos realizar este gran viaje que comenzó hace dos años.

DE INDONESIA A ESPAÑA

El continente asiático es enorme y, de entre los miles de puntos desde los que podíamos partir, elegimos Yakarta, la frenética capital de Indonesia en la isla de Java, para seguir recorriendo, de punta a punta, la desconocida isla de Sumatra. Desde aquí seguimos, a golpe de pedal, hacia algunos de los países del sudeste asiático. Malasia, Tailandia, Laos y Vietnam nos regalaron los días más cálidos de esta aventura; frondosas selvas llenas de cascadas, animales salvajes, frutas tropicales, poblados llenos de templos, de mercados y de pueblos totalmente desconocidos para nosotros y que impregnaron de colores y paisajes nuestras retinas.

Además, la infinidad de personas generosas y hospitalarias que encontramos en el camino nos dejaron prendados con sus valores, muchos de los cuales ya se han perdido en otras partes del mundo. Aquí redescubrimos al ser humano en su expresión más sencilla y sincera, y nos sentimos tremendamente afortunados por encontrarnos en este punto del planeta, de haber decidido iniciar esta aventura y de seguir adelante con ella. Este viaje ha estado lleno, entre otras muchas cosas, de miles de millones de sonrisas.

Varios meses después, con un clima mucho menos amable, llegamos a China, una de las civilizaciones más antiguas del mundo, enamorándonos, a cada kilómetro, de sus miles de historias sobre dinastías, reyes y emperadores. Recorrimos su parte occidental, descubriendo ciudades como Kunming, Linjiang y la mágica Shangri-la.

Conocimos pequeños pueblos, como el recóndito Yuben, formado por dos aldeas que se encuentran a los pies de unas majestuosas montañas con picos de más de siete mil metros de altitud, cubiertos por un tupido manto blanco; lugares fascinantes, como la milenaria Garganta del Salto del Tigre, el cañón más profundo del mundo, que forma parte del río Yangtse, el más largo de China. Todas zonas impresionantes, tanto por su geografía, como por su cultura, más cercana a la tibetana que a la china, pero ambas llenas de un simbolismo que nace del respeto a la naturaleza y del crecimiento personal. No hablaré de su arquitectura, pues para ello están los arquitectos que pueden recrear con tecnicismos sus formas y modos de construcción. Siendo yo ignorante de los mismos, aún necesitaría buscar nuevas expresiones para describir lo que se siente al entrar en esos cofres de espiritualidad que son sus templos, mirar las estupas y descubrir el significado de sus cientos de coloridas banderas ondeando al viento y llevando así sus plegarias hasta los confines del universo.

Durante la breve estancia en la desconocida ciudad de Kasgar, situada en la región autónoma Uigur de Sinkiang, y después de atravesar el desierto de Taklamakan, descubrimos una mezcla cultural y racial completamente sorprendente: personas con rasgos chinesco-tibetanos y con una cultura musulmana, reflejada en la comida, los atuendos, los mercados y en tantos otros aspectos, que nada tiene que ver con la imagen que teníamos de China, y es que es un país tan extenso, que sería necesario mucho más tiempo del que sus complicados visados conceden para poder disfrutar de todo lo que tiene para ofrecer al mundo.

Tras esto, una nueva etapa se abrió ante nosotros, un nuevo reto, quizás la parte más dura del viaje, tanto física como psicológica. Un momento para el que nos habíamos estado preparando y habíamos concretado como nunca antes: la fecha del recorrido, los víveres, los kilómetros y hasta el riesgo que estábamos dispuestos a correr.

Con la misma incertidumbre y nerviosismo que cuando la aventura comenzó, nos dispusimos a realizar el trayecto por una de las carreteras más altas del mundo, la famosa Pamir Highway, que





discurre por la hermosa Cordillera del Pamir (Asia Central). Iniciamos el recorrido en la ciudad de Osh, en Kirguistán, para terminar, semanas después, en Dusambé, Tayikistán. Pasamos días de tormentas de arena, nevadas, kilómetros en los que tuvimos que remolcar los sesenta kilos de bicicleta por pendientes cubiertas de hielo y barro, puertos de más de 4500 metros de altitud, soledad absoluta y frío, mucho frío. Una etapa, sin duda inolvidable, por estos dos países a los que definiríamos como lugares inhóspitos y únicos del planeta, pero con habitantes excepcionales, acostumbrados a vivir con temperaturas de cuarenta grados bajo cero, en medio de un desértico altiplano, con poco más que algunos yaks, comida deshidratada y algo de pasta que no dudaron en compartir.

Recorrimos muchos otros países de Asia Central, siguiendo, sin planearlo, la ruta de la seda. Uzbekistán, con sus míticas Samarcanda y Bujara, y sus imponentes mezquitas de cúpulas azules; Registán, Gur-e- Amir, el Minarete de Kalyan, y Kalan Mosque... un sueño de color pardo y azulejos pintados a mano.

En Kazajistán, con sus tortugas de tierra y sus camellos, cogimos un ferry para cruzar el mar Caspio hasta Azerbaiyán, cargado de aventureros de diversos países, que lo mismo viajaban en viejos coches soviéticos como en motos con sidecar o furgonetas. Desde ahí continuamos el viaje junto a dos grandes compañeros con los que conectamos en el ferry. Aquellos fueron días de una estupenda mezcla de fiesta y aventura que duraría hasta cruzar Georgia y Turquía. Y allí, donde Europa se dejar ver tras el estrecho de Estambul, se iniciaría nuestra aventura por los países balcánicos, las playas griegas, la pequeña Macedonia, el asombroso Kosovo, la hermosa Serbia, los Parques Nacionales de Bosnia y Herzegovina, el salvaje Montenegro, el diamante junto al Adriático que es Croacia y la verde y limpia Eslovenia. A esas alturas ya podíamos sentir España muy cerca, a la familia y a los amigos. Pero antes teníamos que recorrer Italia y Francia, países mucho más conocidos y de costumbres similares, mas no por ello, menos hermosos.

Durante un año y medio recorrimos los cerca de 20.000 kilómetros que separan a Indonesia de España y, en lo absoluto, fueron número en un diario. Viajar por el mundo es conocer las distintas realidades del planeta, otros paisajes, otras latitudes, otras culturas llenas de olores, colores y sabores. Es tener una perspectiva mucho más amplia para lograr entender a otros que, por diferencias completamente fortuitas, a veces no llegamos a comprender. Es experimentar la forma de vida y la situación de otras personas, saber de dónde provienen sus alegrías y sus tristezas. Es conocer el mundo de primera mano y sin filtros.

¿Acaso es posible entender el estilo de vida de otros seres humanos sin conocer sus circunstancias? ¿Creemos que piensan igual, un niño

de Laos y uno de Francia? ¿Es posible que una mujer musulmana, sij o cristiana desarrolle un mismo rol en su comunidad? La respuesta a estas y otras preguntas forman parte del conocimiento de la realidad del planeta en que vivimos. La misma sería una burbuja que nos podría alejar de la realidad y sumirnos en el desconocimiento si la basamos en las opiniones de otros que podrían tener visiones quizás manipuladas o algún tipo de interés.

Viajar en bicicleta nos ha abierto la puerta al conocimiento, y este, a la unión, porque al viajar por el mundo, se reconoce el interior de las persona sin importar la raza, el sexo o la religión. Todos, absolutamente todos, ansiamos las mismas cosas: felicidad, amor, libertad y mantener nuestra dignidad como seres humanos.

Desde que regresamos, nuestra visión del mundo y de las personas ha cambiado gracias a las experiencias vividas, a la ruptura de barreras culturales, a ese sentimiento de no pertenecer a un lugar en concreto y a encontrarse, en cualquier parte del mundo, como en casa. Volvimos con una conciencia sobre la ecología, mucho más fuerte, siendo más conscientes de las consecuencias de la globalización que, habitualmente, descubrimos sólo en términos económicos, políticos y, a veces, culturales, pero no tanto en términos sociales de libertad, justicia y derechos humanos, algo que nos incomodó durante el viaje y que lo seguirá haciendo. Volvimos enamorados de otras culturas, algunas mucho más sostenibles y respetuosas con la naturaleza, y con mayor claridad acerca de qué es lo que la nuestra ha conseguido y perdido con el paso del tiempo.

Este viaje nos ha enriquecido no sólo culturalmente, sino como seres humanos; nos ha dado la posibilidad de formar parte, casi cada día, de un lugar y de una familia diferentes, participando de las labores más cotidianas. Hemos cocinado con productos que no sabemos pronunciar, hemos comido con las manos, sentados en el suelo. Compartimos alfombra con cientos de familias, nos vestimos con ropa local, hemos dormido en cientos de templos budistas, mezquitas y gurdwaras; conocimos rituales y ceremonias de todo tipo.

Además, descubrimos religiones, tradiciones y miles de historias, montados en nuestras bicicletas, un medio de transporte sencillo, como la vida misma. Porque, aunque a veces parezca lo contrario, la vida es muy sencilla; solo hay que aprender a vivirla y cuanto más cerca de nuestros orígenes lo hagamos, se volverá más sencilla.

Esta es solo la historia de un gran viaje que podrás leer, con detalle, en el libro *De la seda al barro* que publicaremos muy pronto. Pero recuerda: "Nunca las historias, aun recorriendo los mismos caminos, podrán ser iguales. Sal a descubrir el mundo y escribe tu gran viaje".



